

en el camino de mi existencia, y que me abandona al dolor y á la desesperación por no perder sus riquezas y la miserable estimación del mundo. Tú no tienes derecho sobre mí, como sobre tí no lo tengo yo tampoco. . . . Y basta de una conversación inútil.—Adiós.

—¡Oh! no te irás de aquí, no te separarás de mi lado, es imposible que abandones á la mujer que te ama.

—Si me amas, esta noche vengo por tí.

—¿Y mi padre?

—Tu padre nos perdonará, y si no, inclinemos la cabeza. . . Dios será nuestro único padre. ¿Qué dices?

Julián esperó algún tiempo la respuesta de Isabel; pero ella estaba inmóvil y muda. Entonces el joven yéndose la dijo:

—¿Nada respondes? Adiós.

—A las nueve y media en punto, dijo Isabel cayendo desfallecida en una silla.

## V.

### UN SALVAJE Y UN HIJO DE FRANCIA

Si un grave cuidado arrolla enteramente nuestras facultades intelectuales y nos hace olvidar hasta de que existimos, si diversas impresiones poderosas se agolpan en la mente del hombre, ¿qué extraño es que,

extraviados sus sentidos, no tenga la suficiente fuerza para contrastar el ímpetu de las pasiones que se reproducen en su corazón? Hay sin embargo quien crea que el hombre se vence cuando quiere y como quiere, y sin dificultad ninguna; pero los que dicen esto, ó no han sentido jamás fuertes y vigorosas pasiones, ó sus almas son de un temple superior, y por consiguiente dignas de gran sublimación y loa.

D. Julián no era de estos últimos, y ofuscada su razón con las diferentes sensaciones que había recibido y con la pasión que agitaba su alma, salió de su natural apatía, olvidó las profundas meditaciones que le consumían, y ya sólo sus ideas se dirigían á obrar, y como obraba maquinalmente, su actividad no conocía límites ni consideraciones.

Olvidó que su tía quedaba en la casa de D. Santiago, olvidó que el paso que acababa de dar le iba á conducir tal vez á su total ruína, y que, al caer, despeñaba también á todo lo que amaba en el mundo; y por último, olvidó que por más que sus proyectos tuvieran un feliz resultado, la miseria le tendía ya sus manos descarnadas.

¿Pero qué reflexiones puede hacer el hombre arrastrado de una pasión? D. Julián sólo pensaba en vengar á su amante, y así es que bajó la escalera de la casa de D. Santiago como si una mano irresistible lo condujera.

—Me ama, decía para sí, me lo ha dicho, me ha dado una prueba inequívoca, la mayor que puede dar una mujer de honor: ¿y quedará sin venganza la sombra de la mujer que el ser la dió? Al ofrecerla la mano de esposa, la he ofrecido en ella un alimento que la dé vida, un escudo que la defienda, una espada que la vengue: mi obligación es hacer ahora mismo lo que ella hiciera si fuera hombre: derramar la sangre del perverso que la ha injuriado. . . . ¿Y si perezco en la lucha? . . . ¿qué me importa? cesaré de padecer; que si el hombre no tiene derecho para quitarse la vida, lo tiene para esponerla cuando el honor lo exija, y si la pierde, gana mucho: gana más que si hubiera triunfado.

Discurriendo así nuestro joven, traspuso á toda prisa varias calles, llegó á una casa, atravesó el zaguán y el patio, y subiendo ligeramente la escalera, entrose al cabo en un gabinete, y se encontró frente á frente con nuestro antiguo conocido Le Bracquier.

—¡Eh! . . . ¡ge! . . . ¡cómo! . . . ¡usted! . . . (murmuró éste con voz balbuciente y mudando repetidas veces de color).

—A vd. buscaba.

—Vd. me dará razón á mí del motivo porque nosotros nos reuivamos.

—El deseo de vengar á la mujer que amo, me trae á la presencia de vd.; vengo á desa-

fiarlo; y uno de los dos, ó los dos á la vez, hemos de quedar tendidos por tierra.

—¡Oh! muá yo respeto mucho las leyes de este país: ellas me ordenan de no me desafiar pas con nadie.

—¿Y las leyes de la nación en que vd. vive, no le prohibían cometer las maldades que ha cometido? ¡Infame cobardía! pero no le valdrán á vd. sus efugios, porque mis deseos de derramar su sangre son ardientes, porque Isabel ha premiado mi amor, y mi corazón está ligero como un átomo del viento; porque cuando un hombre siente el placer que yo, ve sonriendo pasar delante de sus ojos el rápido caballo de la muerte. Pero vd., que es un vil, está temblando. . . .

—De indignación, sí señor, de indignación; porque yo extraña mucho yo que á un vasallo de su majestad el rey de los franceses se le trate osí bárbaramente que mí; pero yo me quejaré yo al enviado de la Francia, y entonces. . . . ¡Tramblé! el poder de la de Francia. . . .

—Es grande, contestó Julián con pausa; pero yo soy demasiado pequeño para que me pudiera dañar; además, esperar que la Francia le liberte á vd. de mis manos es aguardar que el sol caiga sobre mi cabeza y me pulverice: su esfuerzo de vd. solamente lo puede salvar: me es indiferente la espada ó la pistola; que aunque la primera es arma de caballeros y la segunda de man-

drias, cuando dos desean morir, no importa de qué manera.

—Yo no deseo pas murir.

—Pues haga vd. de necesidad virtud, que no todas las cosas le han de salir á medida de su deseo. Y apresúrese, que tengo muchas cosas que hacer hoy, y no puedo detenerme en inútiles conversaciones.

—Vd. puede irse: yo no tengo envidia de me batir.

—Considere vd. que estamos solos, y que nadie le puede libentar de mi venganza.

—Yo no me bato pas.

—Si no de grado, por fuerza, dijo Julián adelantándose.

—¡Socorro! gritó Le Braconier.

—Calle vd., ó la justicia se encargará de castigar al delincuente.

—¡Cómo! exclamó Le Braconier retrocediendo.

—No soy un delator; pero la necesidad me obligará á acusarlo.

—Yo no vos comprendo pas....

—No me fuerce vd. á que le diga que es un asesino.

—Vd. me insulta mucho.

—Sólo digo la verdad.

—Vd. me dará una satisfacción.

—A eso he venido.

—Una pistola....

—Cualquiera cosa.

—Vd. llame su padrino, yo el mío.

—No hay necesidad: mi padrino es Dios,

el de vd. es el diablo: traiga vd. las armas y acabemos.

—Vd. se arrepentirá.

—Después de haber matado á vd., aun cuando mi alma haya volado á la otra vida, poco le importa que me arrepienta o no. Despache vd., que ya me impaciento de esperar.

Le Braconier dió media vuelta, se acercó á un estante, sacó dos pistolas y disparó una á D. Julián; pero el crimen que iba á cometer hacía temblar su mano, y no pudo apuntarle bien, de suerte que la bala pasó rozando el hombro de D. Julián y enterrose en una de las paredes del cuarto. D. Julián, con la velocidad del rayo, se arrojó sobre el francés, que ya preparaba la segunda pistola, se la arrebató, le agarró de un brazo, y tomando un látigo que pendía de un clavo, azotó crudamente á su agresor, amenazándolo con la muerte si movía siquiera los labios. Salióse apresuradamente del gabinete arrojando la pistola al rostro de su contrario, y después de haber satisfecho su venganza de un modo digno de la vileza y cobardía de éste, se dirigió á la casa de Isabel, donde pasaba la siguiente escena.

## DON JUAN NO ES DON JUAN

Mucho es lo que padece una madre cuando tiene un hijo cuya razón se extravía, mucho es el alivio de un hijo cuando tiene una madre que se interesa en su suerte.— Grande es la desgracia de una madre que pierde á su hijo, muy más grande la de un hijo que ha visto bajar al sepulcro á la que le dió el ser.

Esta necesidad de amar y de ser amado, esta necesidad de apoyarse mutuamente dos individuos para caminar en la senda escabrosa que se llama vida, había unido estrechamente á Doña Joaquina y á Julián: aquella recuperó en éste á la hija y esposo que había perdido, Julián á sus padres. Así es que Doña Joaquina consideró que perdiendo á Julián perdía hasta la esperanza de mudar de fortuna, y vió todas sus esperanzas consumidas en el instante, como una plumilla en la llama de una vela, cuando advirtió que rápidamente pasaba delante de sí una señora y que entraba en el gabinete de D. Santiago, que salía éste como tigre acosado por los cazadores y se dirigía inmediatamente á ella, que fué el objeto que primero se le presentó. Aquella señora era

la tía de Isabel: por desgracia de ésta estuvo escuchando su conversación con Julián, y cuando le vió irse corrió á dar aviso á D. Santiago.

—¿Adónde está su sobrino de vd?..... dijo éste á Doña Joaquina. Es un perverso, un seductor, un hombre que merecía estar ahorcado.... ¿Y que esto sufra yo?.... Y vd., señora, que viene á servir á su propio sobrino de espía.... Esta es una maldad, una perfidia, una infamia que merece castigo severo..... ¿Dónde está Isabel?.... Que venga ahora mismo Isabel; que llamen en el instante á Isabel!.....

Doña Joaquina no entendía una sola palabra de lo que se hablaba; quiso salir para llamar á Julián, pero D. Santiago la detuvo.

—No, señora, vd. no se ha de ir de aquí; cuando vd. salga de esta casa será para ir á las recogidas y su sobrino á un presidio.

—¿Pero qué delito, señor?....

—Calle vd. y no me replique, estoy furioso, y si mueve vd. siquiera los labios, hare que la azoten en medio de la calle. ¡La gasmoña! que con su aire santurrón viene á burlarse de mí, á engañarme!..... Moggigata indecente! que viene á solapar las picardías de un mozalvete!... No, no se burlarán de mí!.....

A esta sazón entró Isabel. D. Santiago continuó:

—Venga vd. acá, señorita; y díganos qué

prevenciones ha hecho para su repentino viaje. Venga vd. á despedirse de sus parientes: abrácelos vd., porque por mucho tiempo no los verá. ¡Qué falta de confianza! tener que ocurrir á un extraño, á un infeliz para que la acompañe; y tener que irse á pie por esas calles. . . . No, señor, que pongan el coche, que pongan al instante el coche! . . . .

Esta voz se repitió de boca en boca hasta el patio: "¡El coche!" Y al instante se percibieron el sonido de las guarniciones y los pasos de las mulas. Isabel temblaba y no tenía aliento para responder. D. Santiago se paseaba de extremo á extremo de la sala, y los circunstantes permanecían inmóviles y no replicaban, por aquello de, donde manda capitán no gobierna marino.

—Dispóngase vd., señorita, prosiguió D. Santiago, dispóngase vd. para ir á un convento ahora mismo.

—Padre. . . .

—Silencio! . . . . Y quítese vd. al instante de mi presencia.

Isabel obedeció; dejóse caer D. Santiago en una silla, y cubrióse con ambas manos la cabeza. Pasado habría medio cuarto de hora, cuando se presentó cautelosamente una criada é hizo seña á Doña Joaquina que la siguiera: ésta, aprovechándose de la distracción de D. Santiago, la obedeció.

Sentada estaba Isabel en su aposento, y dos fuentes de lágrimas corrían de sus ojos: habíase convertido su bello rostro en amarillento y cadavérico, descompuesto estaba su cabello, y todo su exterior indicaba el combate horrible de sus pasiones y el extremo de su dolor. Vió entrar á Doña Joaquina y se precipitó al instante en sus brazos: ambas lloraban, ambas callaban; pero sus almas se entendían: el lenguaje de los desgraciados es expresivo, y basta una ligera demostración para darse á comprender. Isabel rompió el silencio.

—Vd. se compadecerá de mi dolor y llorará mi suerte. Soy muy desgraciada. Desde que la ví á vd. por primera vez la amé en extremo, y mi corazón me dice que el de vd. no me aborrecerá.

—¿Aborrecerla á vd., niña infeliz? . . . . ¡jamás! Cuánto sería mi placer en llamarla á vd. hija, pero es funesto nuestro destino; inclinemos la frente, hija mía: Dios sabrá premiar nuestro infortunio.

—El me castiga, me castiga, y con razón, iba yo á cometer una infamia, iba yo á abandonar esta casa en compañía de Julián; pero había quien nos escuchaba. . . . Merezco el castigo que Dios me da.

—¡Imprudentes!

—Sí, tiene vd. razón: ¡imprudentes! pero vd. nos perdonará: ¿no es verdad? Vd. cuidará de mi pobre Julián: es capaz de desesperarse: ¡me ama tanto! . . . .

—Sí, la ama á vd. por su desgracia. . . .

—Ambos somos muy desgraciados. ¿Por qué me vió? ¿por qué le vi á él? . . . . ¡Oh, yo no sabía cuán funesta es una pasión! Y luego como una no tiene imperio sobre sí, ni puede arrancarse el corazón, ni puede ahogar su fantasía. . . . Pero vd. cuidará de Julián, y le dirá que siempre le amaré, que me olvide para siempre, que se lo ruego. . . . Vd. le hablará continuamente de mí: ¿no es verdad? . . . . Y le dirá lo que padezco por él, y el estado en que me ha puesto su amor. . . . Dígale vd. que cuide de su salud, que yo se lo mando. . . moriría yo el día que supiera que padecía. Vdes. vivirán felices, yo penando encerrada en un convento; pero más bien quiero estar allí: rogaré continuamente á Dios por Julián, y mi corazón sentirá alivio.

—¡Infeliz! ¡cuánto compadezco á vd!

—Sí, bien digna soy de compasión. ¡Cuidadilla de mí! hice desgraciado á mi pobre Julián, y me hice desgraciada también. ¡Pobrecillo! huérfano como yo!

—¿Es vd. huérfana?

—Sí señora: si no lo fuera, ¿padeciera yo como padezco? Nadie conoce el estado miserable de un huérfano sino aquel que lo es. Pero Julián, si es huérfano, conoció al menos á sus padres, ¡pero yo! . . . ¡Ah! quiero entregar á vd. un regalo que hago á Julián: para que vea como le amo:

pretendo darle el más caro objeto de mi corazón; este vestido.

Y hablando de esta manera se dirigió á un ropero y sacó un vestido morado de niño.

—Tenga vd., dijo á Doña Joaquina: este vestido me cubría cuando D. Santiago me halló perdida en la calle.

Doña Joaquina vaciló, dudó, acercó los vestidos á sus ojos y cayó desmayada exclamando:

—¡Hija mía!

—¡Su hija! exclamaron Isabel y la criada, que había sido espectadora de aquella escena. Y al instante acudieron á socorrer á Doña Joaquina.

—Sí, gritaba Isabel, vd. es mi madre; no lo puedo dudar: mi corazón me lo anunciaba. . . . ¡Ah, qué placer tan inmenso! . . . Quisiera bailar. . . . quisiera llorar. . . . quisiera reir. . . . ¡Madre mía, madre mía!

Y cayendo de rodillas alzaba los ojos al cielo y exclamaba:

—Dios mío! Dios mío! basta ya: mi corazón no puede resistir el peso del placer.

Doña Joaquina volvió en sí, buscó á su hija y estrechóla con una ternura que rayaba en frenesí. Al mismo tiempo la examinaba con la vista, recorría con las manos su rostro y cuello, y la besaba con avidez y ansiedad.

—Tú no eres Isabel, la decía, tú eres mi hija Dorotea.

—Dorotea soy, sí Dorotea; cuentan que así decía yo que me llamaba cuando mi padre adoptivo me encontró; pero mi nueva madre quiso que me pusieran su nombre.

En tanto que esta escena pasaba, corrió por toda la casa la voz de que Isabel no era Isabel; se agolpó la gente al escuchar novedad tan extraña, D. Santiago acudió también, y después de varias explicaciones abrazó á Isabel y á Doña Joaquina, y quiso ser el padrino en el matrimonio de aquella y D. Julián.

—Una procesión, dijo Isabel, me arrebató á mi madre, y una procesión me dá madre y esposo.

—Hija mía, respondió Doña Joaquina abrazándola, benditas sean eternamente las procesiones!

Diciembre de 1838.



## TRAS UN MAL NOS VIENEN CIENTO

.....no te rías de la conse-  
ja y se te pase el consejo.

MATEO ALEMAN.

Don Gregorio Ventrículo, rico poblano, y soltero de unos cuarenta años, gordo y de anteojos, viene á México de paseo, y se prepara un domingo para ir á una casa á donde había sido invitado á comer.

Gregorio. Acepilla, Perico, acepilla, que se hace tarde y me espera Doña Mariquita en su casa de San Cosme.

Pedro. Acepillando estoy, señor; pero ¿y la comida?

Gregorio. Todo el día piensas en comer.